EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm 9795

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 28 DE JUNIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubon Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de sortideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

DESDE MADRID

Sr. Director.

Muy señor mío: No se habla más que de jugar y con este motivo han salido á luz toda especie de exageraciones.

En este, como en otros puntos, tengo opinión propia; y en cuatro palabras voy á manifestarla á mis lectores.

Ante todo, conste que condeno el vicio de jugar y que no me propongo, ni directa ni indirectamente defender el juego, por más que la humanidad en diez y nueve siglos de jugar constantemente, venga á demostrar que debe haber algo en esta maga, que sea eminentemente humano. Las leyes han reprimido el juego, el juego es un mal social, el juego es un delito; lo mismo sucede con el duelo, y el juego y el duelo están llamados á desaparecer del Código Penal.

Los males sociales cuando no pueden extirparse, precisa que se reglamenten; ya nuestros Códigos establecieron el ordenamiento de las tafurerías, y la prostitución, tan perjudicial y más asquerosa que el juego, ha tenido que ser reglamentada. *Cuando los hechos son,* no los destruyen sus causas, y puesto que los hombres juegan y se baten, la ley tiene que hacer que no se roben y que no se asesinen, pero nada más, puesto que aunque ha querido hacer otra cosa no ha podido lograrlo.

Tan repugnante me parece el que especula con una casa de juego, como el que ó la que fundan su monstria en una mancebía, no defiendo la industria, pero como veo el hecho social, trato de aminorarlo en sus consecuencias.

El Imparcial, llevando los argumentos al absurdo, dice que podría llegarse á un estado en el que el país se dividiera en dos grandes grupos: el de los jugadores y el de los asilados, y después habla de que podría autorizarse á una compañía de ladrones para que ejercitasen su profesión siempre que con el producto de ella atendieran á la beneficencia. El artículo, primorosamente escrito, en que *El Imparcial* hace estas reflexiones, ha producido efecto, como en España lo produce siempre todo lo que es ingenioso; pero el ingenio no convence siempre.

Dígame *El Imparcial*, aunque repita yo aquí lo que he dicho en otra ocasión. «Porque San Pedro fue pescador, es lógico pedirle sardinas á Leon XIII.»

No se pueden sacar las consecuencias de tan amplia manera. Las mujeres de mal vivir pagan una contribución; sostener que por esto los rateros deben pagar otra y trabajar libremente, es un absurdo.

Como en el momento actual todo lo envenena la política, de esta cuestión del juego se ha querido sacar partido para molestar al ministro de la Gobernación, cuyas condiciones de honradez y de abnegación son de tal especie, que pensando en este incidente debe limitarse á recordar que nadie por muy pulcro que sea, puede ser responsable de que le salpique de barro un carro que pasa por la calle.

En Madrid se ha jugado siempre. El pundonoroso y caballeresco conde de Xiquena persiguió el juego con encarnizamiento, llegó el centenario de Calderón y se dejó jugar porque se relacionaba esta cuestión con la de orden público. Además, cuando el juego se ha reprimido, constantemente se ha seguido jugando en el Casino, en el Veloz y en los Círculos políticos, de manera que la ley, implacable con las medianías, ha sido inútil para las clases superiores.

Con estos antecedentes, todo el que piense un poco, tiene que convenir en que el juego hay que reglamentarlo, imponiendo una contribución de tal especie, tales trabas, tales garantías respecto á los menores á quienes se admita en un círculo de recreo, que produzca menos el tener una industria lícita; y entonces, el capital que va hoy á explotar el juego, se dedicaría á otros trabajos que produzcan más.

Cierto que logrado esto, jugarán los particulares á domicilio, pero estableciendo fuertes multas, dando á los denunciadores de toda casa de juego, que no esté matriculada una gran participación en la multa impuesta, se acabará con el juego organizado.

Acabar con la afición á jugar sería acabar con la sed, que el juego alhaga como nada en el mundo.

Una cosa es ser jugador, el que hace su profesión de jugar, y otra jugante—del latin *juganstis*—el que juega de cuando en cuando.

Seguro estoy que hasta entre los padres de familia habrá alguno que no ignorará lo que es *entrés*, y que todo el que vea las cosas de la vida *como son* y no *como deben ser*, comprenderá que el juego hay que reglamentarlo, y que todo lo que no sea hacer esto es desprestigiar la ley, como la ley se desprestigia siempre cuando no se cumple.

Y no va más.

Como indique á VV. en mi carta anterior, los presupuestos no se discutirán, y con todo lo que se hable de marina, y con todo lo que hay pendiente para la orden del día, y con cuanto se anuncie de nuevas discusiones, del 8 al 10 de Julio se cerrarán las Cortes, no habrá crisis parcial y comenzará la desbandada y los periódicos hablarán sólo de viajes y de interwieus.

A propósito de interwieus, ruego á usted Sr. Director, que además de publicar esta carta haga un suelto en su periódico llamando la atención sobre lo que me permito proponer á toda la prensa; ¿por qué hemos de decir *interwieu*, cuando tenemos una frase castellana que significa lo mismo, *coloquio*, (conferencia entre dos ó más personas para tratar de algún negocio.)

Ya que tenemos el sustantivo, vamos á hacer el verbo: coloquiar; vg «Ayer coloquió Julio Vargas al ministro de la Gobernación sobre las medidas que ha tomado contra el cólera» ó «Un redactor de la *Política Europea* ha celebrado un interesante coloquio con un personaje federal.»

Esto tiene además la ventaja de que podrán decir los ministros: «Ayer coloquié á un redactor de *La Correspondencia*,» y los que no estén todos si el ministro que habla es Becerra, que no está muy perito en el idioma—pueden entender que lo colocó y hay lugar á una noticia, y luego á otra, cuando se desmienta, porque como decía Correa, las noticias falsas tienen la ventaja de que son dos noticias.

Se ha publicado un nuevo programa del partido federal; Nicaragua y Costarica están para declararse la guerra; el emperador de Rusia ha estado expuesto á ser *volado*; el calor es verdaderamente sofocante; en los frontones se sigue jugando de una manera escandalosa; la nueva Encíclica de Su Santidad León XIII es tan tolerante como todas; los portugueses han reexpatriado á los panaderos gallegos que trabajaban en Lisboa; todavía no se han abierto los Jardines del Retiro; Gamazo cada día es más ministerial; Amós Salvador ya no se riza los bigotes, y por último, la gente se prepara á marcharse unos al extranjero y otros á Pozuelo, que como decía aquella señorita cursi, es la primera estación de Francia.

De usted afftmo. s. s.

q. b. s. m.,

GARCI-FERNANDEZ.

TIJERETAZOS

Dicen los extrangeros que la moda se encarga de vestir á muchas personas.

Más claro, que el lujo da de comer á los obreros.

Cierto.

¡Mas á cuantas personas desnuda el lujo!

—

En Madrid ha recogido la policía un centenar de pobres.

Por cierto que uno de ellos es propietario de varias casas y tiene cuenta corriente en el Banco.

¿No les parece á ustedes que el tal pobre merecía tener celda vitalicia en la cárcel Modelo?

—

Vuelven los perros á hacer de las suyas.

¿Para qué servirá el bando de buen gobierno?

Si no se ha de cumplir lo que ordena respecto á los perros, más vale que se le arroje á un rincón y se aumente la dosis de salchicha municipal.

—

Pregunta un colega:

¿Cuál es la situación más comprometida?

Pues no se necesita mucho para saberlo.

La situación más comprometida es la del que se encuentra encerrado en un círculo de ingleses.

—

En Málaga va á constituirse una junta permanente de festejos.

Pero Eblis proteje al emir, y aún vive el rey Abou Abdallah.

Muza devoró un rugido de furor tras la visera de su yelmo.

—Pero si han sido desgraciados los del infante en esta ocasión, repuso Muza; ¿por qué no se acecha al emir cuando ronda con poca gente la ciudad?

—Más tarde, más tarde aún, contestó el otro fijando al través de su toca su mirada recelosa en el emir; aún aman á Muza en Granada; Ab'bd-el-Kérim-Zegrí, su katib, vela por él y es indómito y respetado hasta la bajeza por el pueblo; sus wallés Naim Reduan y Mohamet-Ebn-Zaide le aman como á un Dios y son las trompetas de su fama; acometer á Muza en Granada es imposible, ó al menos muy peligroso. ¿Y qué acontece en el real de Santa Fé?

—Allí se aguarda también, contestó Muza dominando la amargura de su pensamiento; se tiene mucha fe en que Granada se entregará por sí misma, y se alientan los odios de Zoraya y de Aixa la Horra, de Abou-Abdellah y de los afectos á los infantes. Se espera escaramuzando para no fastidiarse en la ociosidad, y se cree que de un momento á otro Muza, cansado ya de tanta acechanza y de tanta traición, ataque en sus reales al enemigo y le haga ir más allá de los montes de Loja.

Había pronunciado con tal energía el emir sus últimas palabras, que el encubierto no pudo menos de levantarse receloso.

—Eso se dice, contestó Muza, conociendo que á pesar de desfigurar su voz con el acento extrangero había cometido una imprudencia en la impresión de los proyectos que ardían en su mente: eso se dice por algunos abencerrajes adictos aun al rey; pero en el real se espera por los servicios de los infantes un próximo triunfo.

Volvióse á sentar el hombre de la toca, y siempre receloso preguntó á Muza:

—¿Y á que os envia aquí el infante?

—Para avisar á su hermano de que se le conoce por el emir á pesar de sus barbas, su rosario de faquí y sus horóscopos de sabio; que ha sabido que esta mañana habló con él Muza en la puerta de la grande aljama del Albaicin, y que es preciso adoptar otro medio de hacerse parciales y promover motines.

La espresión recelosa desapareció entonces de los ojos del incógnito, que se levantó y tendió su mano al emir.

—Había dudado de ti, le dijo, y mi mano no ha dejado hasta ahora la empuñadura de mi puñal, pero cuando mi hermano te ha revelado lo que solo él y yo sabemos, es porque puede disponer de tí como de un hermano. Yo soy el infante Sidy Alhamar.

un acento lleno de dignidad. ¿Acaso no puede dormir la cautiva sin que su señor venga á sorprender su sueño?

Muza se acercó á aquella mujer á una indicación de Sidy Alhamar, y su corazón se comprimió de admiración, de sorpresa, y tal vez de emoción. Porque aquella mujer parecía iluminar el retrete con su hermosura, con su pureza, con su juventud, porque aquella mujer, á quien llamaban Schamsullemal (*Sol de la hermosura*), era á los ojos de Muza una hurí, como él las había visto en sus sueños de creyente.

El todo de aquella mujer era indescriptible, no se expresaba, se sentía, ó por mejor decír, se aspiraba por todos los sentidos.

No podía dudarse de su pureza ni de la paz de su corazón; era altiva, pero con magestad; severa, pero sin enojo.

—Hela ahí, cristiano, le dijo el infante; si mi hermano duda, dile que la has visto; y si su hermosura te ha conmovido, pide á Dios que te haga morir, porque la desesperación será contigo.

—¿Quién es esa mujer? exclamó Muza asiendo un brazo del infante.

Sidy Alhamar se hizo atrás, pero el emir le tomó la puerta.

—¿Quién es esa mujer? repitió con voz de huracán Muza.